

LA SOLICION A LOS PROBLEMAS DE LA VIDA

por Joy F. Evans

Consejera en la Presidencia General de la Sociedad de Socorro



"Recibiremos respuestas... encontraremos valor para enfrentar nuestros problemas... para prestar servicio a aquellos cuyas dificultades son mayores que las nuestras."

Hermanas, ¿se preguntan, como yo, que les daba a las pioneras el valor para cantar "¡Oh, esta todo bien!" en medio de sus tribulaciones?

¿Se preguntan cómo podríamos nosotras, en medio de los problemas y las preocupaciones de la actualidad, seguir cantando "¡Oh, esta todo bien! "?

Las mujeres de la Iglesia necesitamos recibir individualmente las respuestas a estos interrogantes al tratar de cumplir con la misión que se nos ha encomendado de buscar y aliviar al afligido, proveer para el pobre y el necesitado, alimentar al hambriento, enseñar y capacitar a otras mujeres, dar participación a todas las hermanas, dirigir a las jóvenes y educar a los niños, todo ello con el fin de adelantar la obra de perfeccionar a los santos.

Hace unos años, mi esposo y yo llevamos a nuestros hijos de vacaciones a las orillas de un lago. El siempre ha tenido gran confianza en la capacidad de los niños de resolver aquellos problemas para los cuales los hayamos preparado. Como él ya le había enseñado a nuestro hijo de nueve años a maniobrar un bote para una persona, lo dejó que saliera solo a navegar. Salió muy contento, y vimos su figurita envuelta en el colorido salvavidas cada vez más lejana en el horizonte hasta perderse en la distancia. Después de un rato, consideramos prudente que su padre se aseguraría de que "todo estaba bien", por lo que fue en busca de él en otro bote. Cuando llegó, se encontró al niño tranquilamente sentado en su embarcación. ¡Se había olvidado de cómo dar la vuelta! Pero lo que me emocionó saber fue que, al ver a su papa, le dijo: "Yo sabia que vendrías".

Hermanas, nosotras también podemos tener la seguridad de que, si nos olvidamos de las instrucciones o no sabemos qué hacer en algunos momentos, nuestro Padre vendrá al rescate.

Ceñid los lomos con valor,
jamás os puede Dios dejar.
(Himnos de Sión, 214.)

Quizás no recibamos (lo más probable es que no la recibamos) una visita del Señor, pero recibiremos respuestas: de las oraciones, de las Escrituras, de las palabras del Profeta, de la apacible voz de inspiración. Les puedo asegurar que verdaderamente encontraremos valor para enfrentar nuestros problemas y, además, para prestar servicio a aquellos cuyas dificultades son mayores que las nuestras.

En la actualidad, existen en muchas partes del mundo hermanas que viven en la pobreza, donde el hambre y las enfermedades son comunes, la mortalidad infantil es elevada y el promedio de vida es bajo. Hay lugares donde menos del 50% de la población adulta sabe leer y escribir, y de estos el 70% son mujeres.

Hay otras que no tienen agua potable, y algunas que solo tienen la que puedan acarrear en una vasija que llevan sobre la cabeza, a veces desde largas distancias; hay mujeres que viven amenazadas por la guerra, ¿Qué les da a estas hermanas el valor para continuar? Como a las pioneras, es su fe en que el Padre vendrá en su rescate, su fe en el evangelio de Jesucristo.

Hay otras palabras, también de ese gran himno, que dicen:

Aunque morir nos toque sin llegar.

¡Oh, esta todo bien!

En algún momento de nuestra existencia a todas nos tocará enfrentar interrogantes sobre la vida y la muerte, sobre nuestro propósito y nuestra propia partida inevitable. Todas hemos perdido o perderemos a algún ser querido. Quizás sea por ello que se nos enseña a "llorar con los que lloran" (Mosíah 18:9) y "por los que mueran" (D. y C. 42:45). David Moir escribió lo siguiente:

Echamos de menos tu pasito en la escalera,
te echamos de menos en la oración mañanera;
día y noche, siempre, te echamos de menos.

(The Spoken Word, Improvement Era, agosto de 1961, pág. 35.)

La muerte de un niño es especialmente conmovedora, o la de un joven, o la de una madre o un padre a quien sus hijos necesitan. Echamos de menos a los que mueren. Aunque tengamos muchos amigos y familiares, siempre es difícil perder a un ser querido. El conocimiento que nosotros tenemos de que la muerte no es permanente, de que las familias son eternas, es un gran consuelo. Nuestra comprensión de la realidad de la resurrección hace que la espera sea soportable y tenga propósito. Es muy cierto que [como dice un himno en inglés] "dulce es la paz que el evangelio brinda". Y también del evangelio es el consuelo que se dan mutuamente las hermanas y que ofrecen a los que sufren como parte de la obra de amor asignada a la mujer.

Nuestros líderes oran diariamente por las mujeres de la Iglesia que están solas. Muchas de ellas llevan una vida plena y activa: han creado un hogar feliz para sí, para su familia y amigos; tienen llamamientos de líderes y maestras en las organizaciones auxiliares; cumplen misiones; asisten al templo y trabajan en la obra genealógica; prestan servicio compasivo, y el mero hecho de que vivan en la tierra hace que el mundo sea mejor.

Entre estas mujeres hay muchas que no se han casado, aunque la mayoría de ellas querría hacerlo. Hay hermanas que son viudas y viven solas, y otras cuyo matrimonio quedó roto por el divorcio. Muchas tienen que tomar decisiones difíciles

en cuanto al rumbo que tomara su vida. ¿Tendrían que seguir una carrera? ¿Lograrán el éxito en lo que se considera el mundo de los negocios del hombre? ¿Deben o no intentarlo? ¿Cómo pueden equilibrar sus sueños con la realidad de la vida? ¿Cómo pueden establecer relaciones valiosas con el sexo opuesto que no tengan una connotación con lo sexual? ¿Cómo pueden cumplir mejor el cometido que el Señor ha señalado a la mujer?

Algunas de esas hermanas son madres que crían solas a sus hijos. Al tratar de ser al mismo tiempo padre y madre, a menudo contando con ingresos muy escasos, tienen que enfrentar muchos problemas. Si se esfuerzan por ser autosuficientes y están empleadas, tienen la gran preocupación del cuidado de sus hijos. Y aun cuando estos llegan a adultos, la madre es siempre madre y, aunque esté sola, comparte tanto las alegrías como las tribulaciones de sus hijos. Estas son situaciones muy reales que enfrentan muchas hermanas.

No hay respuestas sencillas para los problemas que enfrentan esas mujeres, excepto lo mismo que diríamos a todas las demás que den lo mejor de si día a la, levanten la cabeza y aprendan; que evalúen sus propias posibilidades y las que les ofrecen su familia y su comunidad; que oren con fe, escudriñen las Escrituras, busquen oportunidades de servir; que se mantengan limpias y puras, tengan relaciones sinceras y perdonen a los que las han herido.

Y aun haciendo todo esto, debe hacérseles sentir a toda hermana la calidez de la amistad de sus otras hermanas, y el apoyo de maestros orientadores y de un obispo que se preocupan por su bienestar; debe hacérsele sentir a gusto y dárselle la oportunidad de servir.

En la Iglesia hay mujeres lesbianas y hombres homosexuales. El Señor Dios ha decretado que no se hará esto y, por duro que resulte, esas personas deben obedecer los mandamientos como se nos ha mandado. El matrimonio y las relaciones íntimas están reservadas para marido y mujer, y cualquier relación extramarital está prohibida, ya sea entre personas del sexo opuesto o del mismo sexo.

Oímos hablar de algunos miembros que en apariencia hacen todo lo que se requiere de un miembro fiel de la Iglesia y, no obstante, descuidan a sus hijos o abusan de ellos física, emocional o sexualmente, son infieles a sus convenios o a sus votos matrimoniales o son deshonestos en otras formas. Si entre los que me escuchan hay quien tenga alguno de estos problemas, le rogamos que se arrepienta, que trate de encontrar ayuda y de ser perdonado.

Mormón escribió sobre otras personas de otros tiempos y otro lugar que se encontraban en un estado similar de iniquidad, diciendo, como podría decirse hoy: "Y no pecaban en la ignorancia, porque conocían la voluntad de Dios tocante a ellos" (3 Nefi 6: 18).

Tengo una buena amiga que hace un tiempo se encontró en una situación semejante. No sé, ni tengo por qué saber cual era el problema, pero si sé que reunió el valor para ir a ver al obispo y confesar. La convocaron a un tribunal, fue

excomulgada y comenzó el angustioso proceso del arrepentimiento. Mucho tiempo después, cuando ya había sanado la herida espiritual y ella volvió a bautizarse, expresó su gran agradecimiento al obispo, que había derramado lágrimas de comprensión por ella al mismo tiempo que era firme en el procedimiento que debían seguir; a una gran amiga de la Sociedad de Socorro que le ayudó, según dijo, "a comprender y perdonar a todos los que no comprendieron ni perdonaron"; y a todos los que le ayudaron a mantener su testimonio firme durante aquellos momentos silenciosos y solitarios de desesperación en que el regreso a la Iglesia parecía imposible.

Hace poco recibí una nota de esta amiga, que ahora se ha casado en el templo y tiene tres hermosos hijos. Dice así: "Diles a las hermanas que esto vale cualquier sacrificio; diles lo hermosa y feliz que es la vida cuando se obedecen los mandamientos".

Quizás podamos sacar de ello una doble lección: Si hay alguien aquí que no lleve una vida pura y correcta, que haya tenido un desliz, ¡arrepíntase y vuelva! El amor y la esperanza son reales.

Y si conocen a alguien que haya sido excomulgado o suspendido, o a una persona que tenga un ser querido en esa situación, traten de entender la angustia que se sufre. A veces, lo que se diga o haga tiene menos importancia que el hecho en si de interesarnos en decir o hacer algo.

Hay hermanas que están atrapadas en las redes de las drogas o el alcohol con sus tramas de engaño, sentido de culpabilidad y vidas desperdiciadas. Algunas son ellas mismas adictas al licor o las drogas, consiguiendo estas ya sea por receta médica o en forma ilegal; otras tienen seres queridos que lo son. Por cierto que para ellas será muy difícil pensar que "esta todo bien". Pero, aun en esto hay esperanza.

Cuanto antes se busque ayuda, mayor es la posibilidad de recuperación. Fingir que el problema no existe, ocultar la conducta de la persona que lo tiene o protegerla de sus consecuencias jamás resolverá la situación. En casi todas partes hay profesionales y hay grupos de apoyo que son excelentes; algunos, aunque no están oficialmente relacionados con la Iglesia, respaldan sus valores. Y lo principal es reconocer nuestra dependencia del Señor y dejar que Él nos ayude y nos sane.

Como Alma nos lo enseñó, la fe es un deseo de creer y de cambiar, y puede ser como una semilla que se hincha, brota y da fruto (véase Alma 32:27-43). Entonces, todo vuelve a estar bien.

Habrá momentos en que no entenderemos el porque de los problemas que tenemos, en que lo que pasa no nos parezca justo o los que nos rodean parezcan indiferentes a nuestros pesares. Hay un cuadro del pintor Pieter Bruegel, sobre la leyenda Icaro, el personaje mitológico. En ella se cuenta que Icaro trató de volar con unas alas de cera hechas por su padre. Y pudo volar, pero en su entusiasmo se acercó demasiado al sol, la cera se derritió y el cayó en el mar. En el cuadro de Bruegel se ven sus piernas blancas al hundirse Icaro en las verdes aguas; también se ven un

pescador y un labrador que trabajan despreocupados y, a pesar del prodigo de ver a un muchacho cayendo del cielo, un barco que sale del puerto "como si nada". Alguien escribió esto sobre el sufrimiento y la indiferencia:

Sobre el sufrimiento no se equivocaron
los viejos artistas. Muy bien comprendían
el sitio que ocupa entre los humanos:
como sufre un alma, día tras día,
mientras otra come, o abre una ventana,
o ajena al dolor camina . . .

("Musee des Beaux Arts", en W. H. Auden: Collected Poems, ed. Edward Mendelson, Nueva York, Random House.)

Y así es con nuestras tribulaciones: el mundo sigue su marcha como si nada. Pero entre la hermandad de la Iglesia se espera que sea diferente.

La familia de una de nuestras hijas sufrió una tragedia hace poco: su casa se quemó, dejándoles muy poco de sus bienes materiales. Pero fue una bendición que, aunque cinco de los seis hijos estaban en la casa, los dos varones adolescentes recordaron lo que habían aprendido y sacaron a los menores de la casa. También recibieron gran consuelo de su barrio y del vecindario, que acudieron en su ayuda con comida, ropa y otras cosas. Es una bendición pertenecer a "la familia de Dios" (Efesios 2:19). Nadie fue indiferente ni continuó su vida "como si nada".

Esta familia, como otras que pasan pruebas y aflicciones, recibió amor y ayuda, bendiciones del sacerdocio y la seguridad que nos da nuestro Padre de que "benditos son aquellos que son fieles y perseveran, sea en vida o en muerte, porque heredaran la vida eterna" (D. y C. 50:5), y la promesa que El le hizo al Profeta: "Tu adversidad y tus aflicciones no serán mas que por un breve momento" (D. y C. 121:7).

Hermanas, no seamos nunca indiferentes a las tribulaciones de los demás; seamos sensibles a sus sufrimientos, sea cual sea la razón por la que sufren.

Y, cuando pasemos nuestras propias pruebas, que podamos levantar los ojos "con un fulgor perfecto de esperanza" en Jesucristo, y decir, como Pablo:

"Estamos atrabulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos" (2 Corintios 4:89).

La muerte y las adversidades son para todos, ipero también lo es la vida eterna! "Cantemos, sí en alta voz. . . ¡Oh, esta todo bien!" ' Les doy mi testimonio de que el evangelio es verdadero, que hoy nos dirigen un profeta y el sacerdocio de Dios. Que podamos atender a sus consejos para resolver nuestros propios problemas y ayudar a otros a resolver los suyos, lo pido en el nombre de Jesucristo. Amén.